

La casa de las moscas

Diego Micucci

La casa de las moscas



Capítulo 1

La casa de las moscas

Al final de la última calle de tierra en mi pueblo natal existe una casa a la que no se acercan ni siquiera los animales. Y no es que su fachada ruinoso o sus ventanas rotas causen espanto alguno, no, es que cuando algún pobre iluso termina dentro sucede algo que hace que todos no encerremos dentro de la seguridad nuestros hogares.

Sé que nadie que no sea de mi pueblo me va a creer, incluso, me atrevo a creer que pensarán que soy algún loco o que carezco de sentido común, pero todos sabemos lo que ocurre ahí, y custodiamos el secreto con silencio sepulcral.

Llegó a nuestro querido pueblo un tipo al que apodamos el porteñito, no porque fuera de la capital, sino por su actitud. Era la novedad entre las mujeres y para los hombres un palurdo sin valor alguno. Siempre hablaba de más, sabía más que cualquiera de nosotros aunque fueran mentiras lo único que salía de su boca. Miraba a todos con aires de suficiencia, pero las mujeres lo adoraban y no nos quedó de otra que aceptarlo a él y a su falta de educación, por lo menos hasta que pasó lo que pasó con la hija más joven de los Colombo.

Por respeto a la difunta no voy a especificar qué fue lo que le hizo, solo puedo decir que de la vergüenza la muchacha se fue hasta el final de la última calle de tierra y entró en aquella casa abandonada. Lo supimos porque pasó lo que siempre pasa cuando la casa se come a alguien. Primero el murmullo de miles de moscas revoloteando inunda cada rincón del pueblo y después el intenso resplandor verdoso y de ultratumba que sale de su interior, brilla al final de la calle como un faro espectral. y mientras el sonido de la víctima siendo devorada.

Ahí fue que perdió el porteñito el favor de sus defensoras y ahí los hermanos de la finada decidieron actuar. El honor de cazarlo se lo dejaron los jóvenes al padre de los Colombo, recuerdo aun la cara que puso el porteñito cuando saliendo de la cancha de bochas, el clan Colombo lo agarró, lo ató de pies y manos al igual que se haría con un animal al que se va a carnear y lo tiraron a la caja de la vieja camioneta que usaban para trabajar.

La casa comió por segunda vez en dos días y notamos que pareció agradaarle el ser alimentada. Esa noche brilló mas fuerte que nunca, las moscas se arrimolaron como una nube sobre las ruinas, ensombreciendo incluso a las estrellas. Eran tantas que su zumbido apagó el llanto de muerte del porteñito. Y aunque he de admitir que no fue un espectáculo agradable, si resultó que aquel proceso fue bastante hipnótico, tanto que

fue la primera vez que una parte del pueblo se quedó a contemplarlo.

Comparto esta historia por si alguna vez usted va de visitar a un pueblito con una única calle de tierra, sepa que será bien recibido, solo respete y será respetado, no sea cosa que se vea en el incordio de pasar una noche en la casa de las moscas.